

XXIII.

De lo que siguió á la muerte del marqués de Rio-florido.

DLOPE, que habia intervenido tan casualmente en aquel sangriento drama, tuvo ya necesidad de permanecer en la casa.

No podia dejar abandonada á D^a Inés por mas que contra ella abrigase la mas violenta sospecha.

Hizo conducir el cuerpo del marqués á su aposento, y pasó luego á ver á la hija, y calcular si estaba ó no en estado de recibir la noticia de la catástrofe.

Pero cuando D. Lope llegó, ya los criados habian referido todo á la Apipizca, y ésta no lo habia ocultado á su ama.

D^a Inés estaba sombría; el amor que profesaba á su padre no era muy exaltado, pero las terribles circunstancias que habian acompañado á su muerte, las escenas que ella habia presenciado, y sobre todo, la profunda ignorancia en que estaba de la suerte que habia corrido D. Guillen, impresionaban fuertemente su alma.

Por otra parte, D^a Inés aun no estaba restablecida, y

por el contrario, aquellas emociones parecían haber agravado su enfermedad.

D. Lope se presentó ante ella triste y silencioso.

—Caballero—dijo D^a Inés—sé cuánto tenemos, ó mejor dicho cuánto tengo que agradecer á vuestra merced; sin su presencia en esta casa, quizá á esta hora yo seria la víctima; mi mismo padre estaba ya salvado, y si ha muerto, tal vez una imprudencia por parte suya ha sido la causa.

—Señora—contestó D. Lope—no piense vuesa merced por ahora sino en su salud; parece que Dios me envió para salvar al señor marqués, y no fué sino para hacerme testigo de su desgracia....

—Caballero, vuesa merced hizo cuanto pudo, y Dios dispuso lo demas. ¿Va ya á retirarse vuesa merced?

—No, señora; he enviado en busca de la justicia para que comience la correspondiente averiguacion....

—¿La justicia! ¿en mi casa?

—Sí, señora, es preciso.

—Bien, señor.

—Y yo permaneceré aquí toda la noche esperando que vuesa merced, señora, tenga á bien decirme si la puedo ser útil en algo.

—Gracias, señor, gracias; quisiera nada mas saber el nombre de caballero tan cumplido.

—D. Lope de Montemayor—contestó D. Lope saludando.

—Por muchos años—replicó D^a Inés.

—Pues, señora, no quisiera molestar á vuesa merced, y me retiro para dejarla descansar, y en cuanto vuesa merced ordene, aquí estoy para servirla.

D. Lope hizo una reverencia y salió.

—Que no se case su merced con D. Guillen, sino conmigo.

—Contigo.... contestó la dama lanzando una carcajada.

—Sí—dijo sombríamente Luis—conmigo; tengo ya esa idea y será.

Entonces D^a Inés miró á Luis con asombro, creyó que habia perdido el juicio, que estaba loco, y tuvo miedo.

—¿Estás loco?—esclamó por fin D^a Inés.

—Loco, loco—repitió Luis, irguiéndose mas—¿loco, porque quiero ser vuestro marido?

D^a Inés notó con espanto que ya Luis no le decia “su merced” como antes.

—¿Tú mi marido? ¿y puedes pensar eso? ¿tú mi marido?

—Sí, yo, yo: ¿pues qué diferencia encontráis entre un Guillen de Pereyra y un Luis de Cabrera? Vos sabeis bien, señora, que tanto vale el uno como el otro, y en caso de haber alguna diferencia, la ventaja está de mi lado.

—Luis, y te atreves á decir eso y á pensarlo siquiera?

—No solo lo pienso, sino que formalmente os propongo que digais á D. Guillen que no vuelva mas á esta casa, y que fijeis el dia de nuestro matrimonio.

—¿Desgraciado!—contestó D^a Inés riéndose—seria capaz de mandarte arrojar á palos de mi casa, si no conociera que tu razon está estraviada.

—Os cuidariais muy bien de semejante cosa, señora; porque entonces iria yo directamente á la justicia y le contaria quién habia dirigido el negocio de la calle del Relox, y quién habia robado á la dama de esa casa, y adónde estaba esa dama.....

—¡Silencio, miserable!

—Dejadme concluir, señora, porque yo contaria tambien por qué murió José, el hombre que fabricó el muro....

—Que calles te digo!—esclamó levantándose D^a Inés.

—Y yo diria qué dama recatada recibia en su cámara á un perdido como D. Guillen....

—Infame!....

—Y haria saber tambien quién era la dama que entraba en las altas horas de la noche al palacio á negocios de denuncia con el virey.

—Luis, Luis!

—Sí, porque yo sé todo eso, y de todo eso tengo pruebas.

—Oh, sí, pero á tí te costaria tambien la cabeza—¿lo entiendes?

—Y qué me importa: qué tengo yo que perder, pobre, miserable, agoviado por los remordimientos: ¿qué importaba que ahorcaran á un llamado Luis de Cabrera? Y vos; ¡ah! eso era otra cosa: en un asno os llevarian á la horca á vos, á la hija del marqués de Rio-florido en un asno; iriais desnuda de la cintura arriba....

—Calla, por Dios! dijo Inés espantada y en tono de súplica.

—Y con voz de pregonero se anunciarian en cada esquina vuestras gracias....

—Por María Santísima....!

—Y por mano de verdugo recibiriais algunas *arrobas* de azotes, que darian mucho que reir á los muchachos y á los ociosos.

—Luis, tienes alma de demonio.....!

—Y luego al son de la campanilla del Señor de la Misericordia os harian llegar pié á tierra y descalza hasta la horca.... ¿entendeis?

—Luis!—decia con angustia la dama, representándose en su imaginacion aquella escena espantosa—Luis! no te creia tan perverso.

—Ahí al pié de la horca entre los gritos lastimeros de los sacerdotes que os ayudaran en el último trance, recibiriais un crucifijo de bronce....

—Jesus me acompañe!—esclamó D^a Inés aterrorizada y cubriéndose el rostro con sus manos.

—¡Jesus me acompañe! ¡Jesus me ayude!—Así, así esclamaréis aunque con mas fervor, con mas fervor, porque no se tratará como ahora de una relacion; no; entonces será la espantosa realidad, y sentireis el áspero dogal que rodeará vuestro delicado cuello, y os estremeceréis de terror, como os estremecéis en este momento solo de pensarlo.

En efecto, D^a Inés no hablaba, pero se estremecia de horror, se presentaba á su vista un cuadro en el que jamás habia pensado; pero que podia realizarse con la sola voluntad de Luis; la dama lloraba. Pero Luis siguió implacable, y dando á su voz un tono fatídico y misterioso continuó:

—En ese momento los gritos de los sacerdotes serán mas fuertes, como para anunciaros que llegó el momento supremo; os faltará el apoyo que os sostenia, y quedareis suspendida en el aire, luchando en una agonía espantosa.

—¡Jesus!—dijo D^a Inés dejando caer como desvanecida su cabeza sobre uno de sus brazos que se apoyaba en una rinconera.

—Despues de eso, permanecerá colgado en la horca para escarmiento y ejemplo de malvados, el cuerpo de D^a Inés de Medina, y luego á una sepultura sobre la que nadie rezará nunca, y cuando mas será señalada por las madres que dirán á sus hijitos: “no se acerquen aquí, es el sepulcro de la mujer mala, de la ajusticiada.”

Luis calló, y D^a Inés lloraba en silencio; así se pasó algun tiempo. Por fin él dijo con dulzura:

—Todo eso es espantoso ¿es verdad? pero todo eso se evitará muy fácilmente; consentid en ser mi esposa, callo entonces, nos casamos y nos vamos á donde nadie conozea nuestra historia.

—Luis, no te creia yo tan malo, tan malo!

—Decid mas bien, señora, que me creias un imbécil, un hombre cuya conciencia se podia comprar y corromper con un puñado de dinero. ¿Esto era lo que creiais, es verdad? Que yo habia de ser eternamente vuestro instrumento que matara, que robara, que cometiera toda especie de crímenes por orden vuestra, como lo he hecho sin mas recompensa que un sueldo un poco mas alto que el de un lacayo cualquiera; no, señora, no: vos habeis perdido mi alma: por vos siento en mi corazon espantosos remordimientos; mi sueño es corto y ajitado, temo á todas horas del dia, no la mano de la justicia, porque hay momentos de desesperacion en que yo mismo quisiera denunciarme; no, la mano de Dios; los crímenes en que os he acompañado, los que por orden vuestra he cometido, están siempre fijos en mi memoria: esa dama infeliz, con su locura, con sus delirios, me parte el alma, y si no hubiera perdido su razon, os juro que yo mismo la habria puesto en libertad; y todo esto me pasa por vos, por vos, señora: cuando entré á serviros yo era un hombre pobre, pero honrado; vos me habeis precipitado, y de condescendencia en condescendencia, y de debilidad en debilidad, me habeis convertido, sin saber yo cómo, en un criminal, en un monstruo; pero yo, señora, no soy tonto, y al enseñarme el camino del crimen, habeis abierto mis ojos á ideas que no tenia: estoy perdido por vos; pero vos me dareis una recompensa digna... sereis mi mujer ú os llevaré al patíbulo; elejid, señora, elejid, por-

que estoy resuelto á todo: ó pagais mis crímenes dejandooos conducir por mí al altar, ó pagais los vuestros, acompañándome al patíbulo: ó la suprema felicidad para mí, ó la muerte y la deshonra para vos; elejid.

—Luis, Luis, ¡por Dios!

—Elejid, señora, elejid; estoy resuelto.

—¿No tendrás compasion de mí?

—¿Y la habeis tenido vos de mi conciencia? ¿y la habeis tenido vos de vuestras víctimas, de esa dama infeliz que jime emparedada y loca?

—Yo pondré libre á esa mujer.

—De nada le servirá ya á la desgraciada.

—Yo te haré rico.

—Es que no solo quiero dinero, os quiero á vos, porque he llegado á tener por vos, señora, una pasion infernal, que no os quise confesar nunca porque me hubiérais mandado arrojar á palos de vuestra casa.

—Pero si me amas—esclamó D^a Inés mirando una esperanza—si me amas ¿cómo te complaces en atormentarme? el amor es el sacrificio de nosotros mismos en bien de la persona amada.

—Cada cual entiende á su modo el amor, y yo lo comprendo queriendo que seais mia: ¿creis, D^a Inés, que sin este amor os hubiera obedecido tan ciegameente?

—Luis, yo te amaré, pero mas adelante.

—¡Oh señora! yo no soy un niño á quien se engaña de esa manera: quizá os perdonara otras cosas; pero oid lo que no os perdonaré nunca, porque habeis herido mi dignidad de hombre, D^a Inés; vos no podiais dejar de conocer que yo era hombre y era jóven, y sin embargo, como si fuera yo un perro, delante de mí haciais lo que solo os seria permi-

tido hacer delante de otra mujer, y era tal el desprecio que sentiais por mí, que para vos no era yo siquiera hombre, ni siquiera merecia yo vuestro recato y vuestro pudor.

—Luis, te comprendo, perdóname.

—Ya no es tiempo, señora, elejid, os digo; ó el matrimonio ó el patíbulo.

—Luis—dijo D^a Inés arrodillándose delante de él—¿qué dirá la sociedad? ¿qué se dirá de mí?

—Dirán menos que si os ven ahorcar.

—Por Dios, Luis, ¿qué hago entonces con D. Guillen?

—Ese corre de mi cuenta: resolvéos á ser mi esposa.

En este momento se oyó ruido á la entrada y llamaron á la puerta.

D^a Inés se levantó precipitadamente y limpió sus lágrimas.

—Adentro—esclamó, procurando reportarse.

—D. Guillen de Pereyra—anunció la Apipizca.

—Que pase—contestó D^a Inés.

—Ni una sola palabra de lo que ha pasado direis á ese hombre, ó sois perdida—dijo Luis.

—No—esclamó D^a Inés.

El Señorito entró, Inés le recibió con una amable sonrisa y Luis se retiró tomando un aire de respeto.

II.

De lo que Doña Inés y D. Guillen hablaron y determinaron respecto á Luis, y de lo que aconteció despues.

LUIS—dijo D. Guillen—¿qué tienes? te encuentro triste, preocupada.

—Luis, me acontece una cosa extraordinaria.

—Dímela, mi bien.

—Oh! es una cosa verdaderamente horrible, horrible!

—Qué hay pues? habla, dime, me haces estremecer.

—Guillen: Luis ha tenido el atrevimiento de proponerme que te despida, que corte relaciones contigo y que me case con él.

—¿Luis! ¿quién es Luis, amor mio? no le conozco.

—Luis es el criado de confianza que emparedó á esa mujer.

—¿Un criado! ¡un lacayo! un miserable ha tenido osadía para decirte semejante cosa? ¿y tú lo has tolerado con paciencia? ese hombre está loco, loco de atar.

—Ay Guillen! lo mismo pensé yo y se lo dije al principio; pero ha tenido el atrevimiento de amenazarme. . . .

—Amenazarte á tí, amor mio: ¡infame! ¿y con qué te amenazó? yo le arrancaré la lengua—decía furioso el Señorito.

—Me ha amenazado con descubrir á la justicia todo lo que sabe, todo lo que ha visto, y quizá otras cosas que él es muy capaz de inventar.

—Malvado, villano! oh Inés! no temas el dicho de ese miserable; no será creído; se disipará con un soplo y nadie le considerará sino como un vil calumniador.

—No, Guillen, no te alucines; ese hombre dará pruebas á la justicia, sabrá encontrarlas, la justicia es torpe algunas veces, pero es mejor no fiarse en eso.

—Pero tanto así te ha aterrorizado el dicho y la amenaza de ese hombre?

—Sí, Guillen, no puedo negártelo, estoy preocupada; quizá porque no es la voz de Luis, sino la de mi conciencia la que me acusa; pero tengo miedo y es preciso pensar algo para quitárnosle de nuestro camino.

—Le mataré!—dijo sombríamente el Señorito.

—No creo que sea tan fácil el que lo consigas, porque él debe haber tomado sus precauciones para impedir cuanto se medite contra su persona, y he llegado á descubrir que es un hombre muy astuto.

—¿Pues entonces?

—Preciso será engañarle nosotros, escúchame; yo le prometí no decirte nada, así me lo exigió.

—Infame!

—Ahora es necesario que yo le haga creer que todo lo ignoras; además, tú debes retirarte por algun tiempo de mi casa, con objeto de que él entienda que es verdad lo que voy á decirle.

—¿Pues qué vas á decirle?

—Que he roto el casamiento que tenia arreglado contigo, que sucumbo, y que seré su mujer.

—Pero es horrible eso de tener que finjir con un lacayo.....

—Horrible, pero necesario; en cambio nada alcanzará, pero la venganza será espantosa; ya lo verás Guillen, ya lo verás—y D^a Inés se sonreía como saboreando aquella venganza, de una manera que hizo temblar al mismo Señorito.

—Haré lo que quieras, Inés—dijo D. Guillen.

—Ante todas cosas, no te des por entendido; por el contrario, llama al salir á la muchacha Marta y pregúntale si no sabe por qué causa habré dejado de quererte, y encárgale que haga á Luis la misma pregunta, y no vuelvas hasta que envíe á llamarte: Guillen, de esto depende nuestra salvacion y nuestra felicidad; obedéceme y no te pesará.

—Te obedeceré.

—Bien; retírate, Guillen; adios, y hasta que estemos libres de ese infame!

—Adios—dijo D. Guillen, y salió de la estancia con un aire de disgusto que mas era verdadero que finjido.

En la ante-cámara encontró á la Apipizca.

—Marta,—la dijo—sabes tú por ventura qué le ha pasado á tu señora? ¿qué le he hecho yo que se niega ya á casarse conmigo y me despide?

—¿Os despide!—esclamó la Apipizca.

—Sí, me despide, y lo peor es que yo no sé lo que pasa aquí; espícamelo tú que quizá lo comprenderás.

—Lo ignoro tambien: D^a Inés se encerró con Luis, y hablaron largo rato.

—Bien, díle á Luis que si me esplica lo que hay le prometo una buena gratificacion.

—Se lo diré, aunque os advierto, que yo no sigo ya aquí, porque yo no soy para servir y bastante he hecho ya por vos; con que hasta aquí paramos.

—No hija, ¡por Dios, un poco mas!

—¿Un poco mas? ¿y por qué? se perdió el tiro al marqués (que en paz descansa), ya no os casais con D^a Inés: ¿qué hago yo? me voy, me voy.

—Espérate ocho dias mas.

—Ni uno, ya no aguanto.

—¡Por tú vida! buena moza.

—Pero....

—Yo te lo ruego.

—Bien, ocho dias nada mas; pero ni Cristo pasó de la cruz, ni yo de los ocho dias.

—Conformes, adios:

—Adios, ya veis cómo os quiero siempre.

—Gracias, algun dia sabré pagarte.

D. Guillen salió de la casa pensando:

—Si D^a Inés no puede hacer nada con ese miserable, la Apipizca me servirá muy bien para quitármele de enmedio, sin que lo sienta ni la tierra. ¡Con quién quiere luchar ese gusano!

D^a Inés permaneció encerrada todo el dia; Luis rondaba su cámara y se encontró con la Apipizca.

—Está durmiendo la señora?—preguntó Luis con admirable sencillez.

—Creo que no, Luis; ¿querias hablarla?—contestó la Apipizca.

—Sí.

—Entra, pero antes óyeme, tengo un recado para tí.

—¿Para mí? y de quién?

—De D. Guillen.

—¿De D. Guillen?—preguntó Luis con inquietud—¿qué me quiere?

—Ofrecerte una buena propina en cambio de un servicio.

—¿Y qué servicio es ese?

—Muy sencillo; D. Guillen desea saber por qué la señora le ha despedido y ya no quiere casarse con él.

—¿Le ha despedido? ¿ya no quiere casarse?—esclamó Luis con los ojos radiantes de alegría.

—Vaya, parece que te alegras, Luis; ¿qué te importa que el ama se case ó no con D. Guillen?

—Toma! pues á mí nada: ¡pero es cierto que le ha despedido?

—Como que el mismo D. Guillen me lo ha dicho, y me ha ofrecido darte una gala si averiguas la razon.

—Pues muy pronto se lo diré yo mismo—contestó Luis, con un aire tan irónico, que la Apipizca lo miró con estrañeza.

—Sabes, Luis,—dijo—que noto en tí alguna cosa que no es natural?

—Ya verás, ya verás lo que pasa—dijo Luis tomando un cierto tono de fatuidad, que provenia de que le era imposible disimular su alegría y su orgullo al figurarse ya casado con D^a Inés, y dueño de grandes riquezas.

—Cada vez me parece que hay aquí algun gran misterio—pensó la Apipizca.

—Entro á ver á D^a Inés—dijo Luis, abriendo la puerta sin ceremonia, y entrando.

—¿Qué habrá?—pensó Marta—yo lo averiguaré.

Y acercándose cuidadosamente á la puerta se puso á escuchar; pero solo pudo percibir estas palabras que D^a Inés decia á Luis:

—Ha sido para mí un sacrificio inmenso, pero creo que estarás satisfecho.....

Lo que Luis contestó y lo demás de su conversacion, no lo pudo percibir ya la muchacha; pero aquella conferencia se prolongó por más de dos horas.

Al fin, la puerta se abrió y Luis salió radiante de alegría y tan preocupado, que no miró siquiera á la Apipizca, y pasó á su lado diciendo á media voz:

—Después de esto no puede ya engañarme.....

D^a Inés llamó y la Apipizca entró á verla, la dama estaba sumamente preocupada.

Marta la ayudó á desnudarse, y D^a Inés sin hablarle una sola palabra se metió en la cama.

—Retírate ya—dijo.

La Apipizca salió: á su turno ella estaba también preocupada; mil ideas á cual más absurdas cruzaban por su cerebro; retiróse á su aposento que estaba al lado del de D^a Inés, y después de mucho pensar, exclamó:

—Vamos, ya veo claro. D^a Inés ha gustado más de Luis que de D. Guillen; todas las mujeres somos caprichosas, pero las ricas y las nobles sobre todo.... hace bien, para eso es rica y tiene dinero.... yo haría lo mismo: lo que importa es avisar á D. Guillen y largarme de aquí.

III.

Cómo D. Lope comienza á vislumbrar algo del paradero de Doña Laura.

L *Tapado* seguía moribundo en su calabozo; la Audiencia considerándolo ya como una presa segura, había cesado de hostilizarlo, esperando que su Divina Majestad fuera servida de llamarle á sí, ó que le diese su completa salud para poder ahorcarle descansadamente y con toda la pompa necesaria, á fin de hacer un ejemplar saludable para todos los que en lo sucesivo pudieran pensar algo contra los reales derechos de su rey y señor.

Sin embargo de esto, D. Frutos no dejaba de seguir la pista á la conspiración que tanto le había desvelado, y en la que creía indudablemente encontrar complicado al virey.

La audiencia debía gobernar el reino si el virey faltaba. D. Frutos gobernaba la audiencia, luego D. Frutos sería el verdadero virey en el caso de que se lograra la caída del marqués de la Laguna.

No dejaba este pensamiento de atormentar al oidor, y era por eso que se fatigaba por descubrir algo.

D^a Inés no había podido revelarle grandes cosas; pero

D. Frutos confiaba mucho en ella, ó al menos así lo aparentaba, para conservar el interes de los demas oidores, suponiéndose ante ellos el hombre mas sagaz y mas activo de toda la Audiencia.

Tan poca prudencia hubo en esto, que ya en algunos corrillos se zuzurraba que una dama principal hacia graves revelaciones á la Audiencia. Y tales voces llegaron á los oidos del virey.

El virey estaba seguro de que el *Tapado* nada habia dicho, que por ese lado nada tenia ya que temer; pero su conciencia no estaba enteramente tranquila.

Un pensador profundo ha dicho: *Dios perdona siempre: los hombres algunas veces, la conciencia nunca*; y por eso el marqués de la Laguna no las tenia, como dice el vulgo, todas consigo: él oyó el cuento de la dama que hacia revelaciones á la Audiencia, y como él tenia ya antecedentes en esto, no vaciló un instante en creer que era verdad, y que la tal dama no era otra que D^a Inés de Medina.

Preocupado con esta idea, ocurriósele llamar á D. Lope, con quien habia tratado ya de estos negocios; hízole venir á su presencia y se encerró con él en su cámara.

Pero no quiso el marqués descubrir luego sus intenciones al jóven, sino irse poco á poco indicando.

—He hecho venir á vuesa merced—le dijo—porque los dias pasan y estoy inquieto por saber qué ha avanzado en sus pesquisas respecto á la dama robada.

—Nada he podido saber hasta hoy—contestó tristemente D. Lope.—V. E. sabe que en el cateo de la casa del marqués de Rio-florido no conseguí otra cosa sino ser testigo de un crimen horrible y misterioso, y acerca del cual nada se ha aclarado aún.

—Todo eso me llena de tristeza y veo que mis enemigos harán de ello una arma para herirme como siempre.

—Es verdad, señor.

—¿Ya sabe vuesa merced que hay una dama que ha ofrecido á la Audiencia descubrir algo de esa mentada conspiracion?

—He oido decir eso, señor.

—Pues no lo dude vuesa merced, porque yo me supongo, ó mas bien dicho, sé con certeza quién es esa dama, y á fé que la considero muy peligrosa.

—¿Y quién es, señor? perdóneme V. E. si la pregunta es indiscreta.

—Indiscreta, no, y menos tratándose de un asunto que interesa saber á vuesa merced: la dama es la misma sobre quien recayeron las sospechas del robo de D^a Laura.

—¿D^a Inés de Medina?

—Sí, porque á mí mismo me ha dicho que me pondria al tanto de cuanto ocurriese, y no ha vuelto; lo cuál prueba que está ya de acuerdo con la Audiencia, y en contra mia.

—Pero ella de dónde puede saber algo? jamás sale de su casa.

—No lo sé, pero mire vuesa merced, por el hilo se saca el obillo; vuesa merced es jóven y anda por todas partes, y de lo que voy á referirle puede sacar partido. Esa dama me ha sido encargada por la corte de España, y la vijilo en cuanto es posible: ahora hace pocos dias que he sabido que trata ya de casarse con un D..... D..... Guillen de.... no recuerdo.

—De Pereyra—esclamó D. Lope.

—El mismo: ¿lo sabia vuesa merced?

—No señor.

—Yo no le conozco; pero segun me dicen es un perdido.

—Efectivamente.

—Pues bien, quizá por ese conducto sepa ella algo.

—Indudablemente, señor, y puesto que debo hablar á V. E. con franqueza, le diré, que ese D. Guillen fué el que robó las cajas del marqués de San Vicente, en las que venian sus papeles, y los cuales quisimos escapar de las manos de la Audiencia.

—Pero ese robo ha costado al rey dos soldados.

—En cambio, señor, nosotros nos decidimos, por temor de que entre esos papeles viniera alguno que pudiera comprometer á S. E. el señor virey.

—¿Y habia algo?—preguntó inquieto el virey.

—No señor, pero yo he depositado esos papeles en poder de D^a Laura: D. Guillen, lo recuerdo ahora, me los entregó y me acompañó hasta la puerta de la casa de la dama, y me esperó allí; es claro que advirtió que allí dejé esos papeles, porque á pocas noches la casa ha sido asaltada, D^a Laura ha desaparecido, y ese hombre se casa con D^a Inés, y ella promete hacer grandes revelaciones; señor, no hay duda, D^a Inés ha dirigido el robo de esa casa, y ella sabe adónde está D^a Laura.

—Indudablemente.

—Es preciso que V. E. mande aprehender á esa mujer.

—No hare tal, que seria una locura; cualquiera cosa que intentara yo hoy sobre esa dama, causaria vehementes sospechas á la Audiencia y precipitaria un desenlace desagradable. ¿Es verdad?

—Es verdad, señor, ¿pero qué hacer?

—Piense vuesa merced, en lo que ha de ser; pero en nada me mezele á mí, porque me perderia, y se perderia vuesa

sa merced con la falta de mi apoyo que puede serle de mucha utilidad.

—Es verdad, señor.

—Como particular tiene aún vuesa merced mil medios de conseguir lo que desea; yo cumplo con advertirle lo que hay.

—Y yo lo agradezco á V. E. en el fondo de mi corazon.

D. Lope permaneció aún algun tiempo hablando con el virey y despues salió meditando el partido que debia tomar.

Llegó á su casa, se encerró en su aposento y no quiso ver á ninguno de los que fueron en la tarde á buscarle, á pesar de que entre ellos, llegaron el padre Lozada y D. Gonzalo de Casau, solicitando hablarle para un negocio grave.

Cuando cerró la noche, D. Lope se ciñó una espada, una daga y dos pistoletes, se embozó en una gran capa, se caló un aneho sombrero y salió á la calle.

Tomó el rumbo del norte de la ciudad y comenzó á caminar apresuradamente.

Llegó por fin al barrio de Tlaltelolco, y vacilando algunas veces sobre la direccion que debia seguir, deteniéndose y avanzando luego, llegó por fin á la casa arruinada en que vivia el Camaleon.

—Aquí es—dijo D. Lope deteniéndose delante del edificio y examinándolo con cuidado—sí, aquí es; solo una noche he venido, la noche en que me entregaron los papeles. . . . pero sí. . . . esa puerta á medio tapiar, esos maderos cerrando la entrada. . . . aquí es. . . . y en todo caso qué pierdo con entrar?

Acercóse á la entrada, que estaba completamente cerrada aquella noche con algunas vigas; tomó una piedra del suelo y llamó decididamente con tres golpes.

D. Lope era un hombre resuelto y además estaba desesperado; pero á pesar de todo, cuando oyó ruido en el interior de la casa, sintió algo semejante al pavor.

La noche estaba negra, el lugar desierto, y aquel edificio no era para infundir confianza á un hombre de bien.

—Quién va?—dijo una voz de hombre por dentro.

—Un amigo—contestó D. Lope; pero como para probar que no decia la verdad, retrocedió dos pasos y puso mano al estoque.

—Quién sois y qué quereis?—dijo el de adentro.

D. Lope no supo qué contestar; pero le ocurrió que puesto que D. Guillen le habia llevado á aquella casa, su nombre debia ser allí una especie de pasaporte, y contestó sin vacilar.

—Soy un caballero que trae un negocio de D. Guillen de Pereyra.

—De D. Guillen de Pereyra? él os envía?

—Sí.

—Pues esperad un momento para recibiros como merece la persona que os envía.

El que estaba dentro pareció alejarse, y D. Lope pensó:

—D. Guillen debe ser el gefe de estos hombres y me van á recibir como embajador.

Pasó un momento: D. Lope, tranquilo ya, esperó; después oyó ruido, la puerta se abrió, y dos hombres armados de puñales salieron lanzándose sobre él.

IV.

De lo que pasó con D. Lope y los bandidos en la casa de Tlaltelolco.

DON Lope, al verse agredido repentinamente, dió un salto hácia atrás, y desnudó el estoque. Los asaltantes no eran mas que dos armados de puñales, y D. Lope, diestro en el manejo de las armas, los puso á raya con la mayor facilidad.

Al principio pensó en matarlos, y fácil le hubiera sido, porque aquellos hombres malamente se defendian; pero casi en el momento reflexionó, que aquel ataque provenia sin duda de que se habia presentado en nombre de D. Guillen, y que sobre todo aquellos mismos que le atacaban podrian darle noticias de D^a Laura; además, los enemigos parecian á cada momento menos encarnizados, bien porque no consiguieran matar á D. Lope en su primera arremetida, ó bien porque se convencieron de que era muy superior á ellos en destreza.

D. Lope quizo aprovechar el desmayo de sus contrarios, y entrar en tratados con ellos.

—Teneos, mal nacidos—les decia—¿por qué me atacais así, cuando apenas me conoceis?

—Bástanos saber de la parte de quién vienes, para tenerte mala voluntad—dijo el Camaleon retirándose.

—Y desconfianza—agregó el Pinacate imitándole.

—Culpa mia es—contestó D. Lope sin acometer, pero permaneciendo en guardia—que creia deciros el nombre de un amigo vuestro.

—Dios nos ampare que ese hombre fuera nuestro amigo

—dijo el Camaleon.

—Pues él me ha traído una noche á hablar con vosotros....

—Puede ser muy bien; pero ya las cosas no están como estaban.

—Será como vosotros querais, por ahora solo os aseguro á fé de caballero que si vuestra desconfianza nace de que venga yo de la parte de D. Guillen, podeis estar tranquilos que no es verdad.

—¿Y qué garantía tenemos de que no nos engañais ahora?

—El asunto que tengo que comunicaros, si quereis hablar.

—Hablemos, pero guardad el estoque.

—Antes vosotros los puñales.

—Al mismo tiempo todos, y por la fé de cristianos que no haya felonía.

—Por la salud de nuestras almas—dijo D. Lope envainando su espada.

—Amen—contestaron á un tiempo el Camaleon y el Pinacate guardando sus puñales.

—Ahora hablemos—dijo D. Lope acercándose á ellos.

—Aquí, ó allá dentro ?preguntó el Camaleon.

—Como os convenga.

—En donde su merced disponga—replicó el Camaleon, tomando un aire de respeto—allá estaremos solos, y al abrigo del aire y de los curiosos.... no desconfie vuesa merced; *somos de palabra*.

—Iria yo con vosotros á cualquiera parte, y sin armas—contestó D. Lope marcialmente—vamos adentro.

—Pues sígame vuesa merced—dijo el Camaleon entrando por delante.

D. Lope le siguió, y el Pinacate cerró la entrada de la casa.

Subieron la escalera y llegaron á la estancia en que vivia el Camaleon.

Sobre una piedra ardia un velon de cebo iluminando débilmente aquel estenso aposento.

—Puede sentarse vuesa merced y hablar—dijo el Camaleon, señalando á D. Lope un grueso madero que servia de silla.

D. Lope se sentó, y el Camaleon y su compañero hicieron lo mismo.

—¿Recordais haberme visto otra vez?—preguntó D. Lope.

—Sí señor, recuerdo—contestó el Camaleon—la noche que entregamos los papeles del *Tapado* que vino vuesa merced con ese Señorito á quien Dios confunda.

—Quién es el Señorito?

—El mismo á quien vuesa merced llama D. Guillen.

—Ah!... pues bien; esos papeles los he llevado yo á depositar á una casa, á la casa de una dama; el Señorito, como vosotros le llamais, pudo advertirlo, y esa casa ha sido asaltada pocas noches despues.

—Pues no debe ni dudar vuesa merced, él ha hecho todo; encontraria quien le comprase el secreto y lo vendió: esa, esa es la costumbre, *jugar con dos barajas*.

—Mi objeto, pues, al venir aquí, ha sido preguntaros, si podriais decirme quién asaltaría esa casa?....

El Camaleon y el Pinacate se miraron entre sí, como consultándose mutuamente, si contestarian por la afirmativa; D. Lope lo advirtió y quiso remover sus escrúpulos.

—Debo advertiros—dijo—que empeño mi palabra de que no perseguiré ni intentaré nada contra los asaltantes; por conducto vuestro me entenderé con ellos para que me den nada mas una noticia que necesito.

—En tal caso estamos conformes; diga vuesa merced su casa, y denos unos dias de plazo para averiguar, y es negocio hecho.

—Muy bien: la casa asaltada es de la calle del Reloj.

—De la calle del Reloj?—esclamaron á un tiempo los ladrones.

—Sí: sabeis algo?

—Perfectamente; pero de esa casa no ha sacado el Señorito ningunos papeles, ni fué negocio suyo.

—Pues qué hubo?

—Una dama nos llevó allí, por supuesto por conducto del Señorito, y todo parece haber sido cuestion de celos, porque de allí no se sacó mas que á otra dama....

—Esa dama, esa dama es lo único que á mí me importa; adónde está? adónde la llevásteis? qué fué de ella?

—Eso sí no podremos deciros: la condujimos hasta la acequia; allí habia una canoa con dos hombres, la embarcamos y se fueron con ella esos dos hombres, el Señorito y la otra dama que la acompañaba.

—Pero esa otra dama, quién era?

—No lo sabemos: tanto enredo de mujeres trae el Señorito....

—Pero vosotros no la visteis el rostro?

—Y tanto, que podriamos reconocerla al momento.

—¿Teneis inconveniente en venir mañana temprano para que os muestre una, y me digais si es ella?

—Ninguno.

—Bien: entonces mañana á las ocho de la mañana os espero en Catedral, en la puerta de en medio, de las que miran á la plaza.

—No faltaremos.

—Tomad—dijo D. Lope dando una bolsa llena de dinero al Camaleon.

—Gracias, señor; por supuesto nada diga vuesa merced al Señorito.

—¡Dios me libre!

—Muy bien, pues no faltaremos.

—Adios—dijo D. Lope levantándose.

El Camaleon tomó el velon de sebo y salió por delante alumbrando ceremoniosamente á D. Lope.

Así, llegaron hasta la puerta.

—Con que adios, y no olvidarse de la cita—dijo el jóven embozándose en su larga capa.

—Pierda vuesa merced cuidado—contestó el Camaleon. D. Lope se alejó, y el Pinacate volvió á cerrar.

—Perfectamente—esclamó con alegría el Camaleon—de un *avío dos mandados*; ganamos aquí una buena propina y nos vengamos del Señorito.

—Que para mí es lo principal—contestó el Pinacate.

—Sabes lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que no me parece difícil, que la dama que nos llevó á la calle del Reloj, sea la misma con quien tenia amores el Señorito, en la casa adonde nos puso el plan.

—¿En la casa del marqués?

—Sí.

—Es verdad, y esa direccion tomó la canoa.

—Ni duda.

—¿Pero qué seria capaz de ser tan *felon*?

—Parece que no le conoces.

—Entónces, ha hecho *viaje redondo* con nosotros.

—¿Cómo?

—Así, nos llevó á quitar los papeles del *Tapado*, y nos vendió; supo adónde estaban, y nos llevó á robarlos al mismo á quien se los habia vendido; luego nos llevó á asaltar la casa de la misma dama á quien habiamos ayudado la víspera, y por último allí nos quiso robar y matar á nosotros para quedarse con todo él solo; de modo que por un dia ayudaba á uno en una empresa, para asaltarlo al siguiente.

—De veras que este hombre sí es malo, y descreido.

—Preciso será matarle.

—Ya le llega, porque este caballero me parece que está resuelto.

—Y le ayudaremos. . . .

—Sí, aunque no sea sino para que acabe con ese *excomulgado*.

—Pues vamos á dormir un rato, porque mañana á las ocho hemos de estar en Catedral.

—Me parece bien.

Los dos bandidos se acostaron en el suelo, el Camaleon

Por todas las calles habia farolillos y luminarias, y por todas partes se veian grandes grupos de gentes, que cantando y riendo se dirijian á la plaza mayor con objeto de ver los fuegos.

Una inmensa muchedumbre estaba ya reunida allí esperando el momento en que debian *prenderse los castillos*.

Aquella multitud formaba una especie de mar mas negro que la noche; se advertia en la oscuridad, que á disipar no alcanzaban ni los faroles ni las luminarias, el continuo movimiento de aquellos millares de cabezas, y se levantaba de allí un murmullo sordo y constante.

De cuando en cuando un gran cohete se desprendia de la plaza y subia dejando tras sí una cauda luminosa de rojas chispas, y reventaba arrojando algunas luces de colores.

Entonces aquella multitud lanzaba una especie de esclamacion inmensa compuesta de otras mil que se confundian en una sola: la plaza se iluminaba momentáneamente; se veian destacarse sobre un fondo negro los severos contornos de la catedral, y despues las luces del cohete se apagaban y la oscuridad volvia mas densa como para vengar su pasajera derrota.

Se oian á lo lejos y como al pié de los balcones de palacio los ecos de algunas músicas, y al través de esos mismos balcones se descubrian las bujías de la sala del baile, y se adivinaban casi las sombras de las damas y de los caballeros que habian asistido al sarao.

En uno de los calabozos de la cárcel que estaba en el edificio del mismo palacio, yacia sobre un viejo banco de cama, y en un mal jergon, espirante ya el marqués de San Vicente, D. Antonio de Benavides.

Ademas de aquel miserable lecho no se veia en el cala-

bozo sino un modesto altar que los otros presos habian com-
puesto para que se administrara á Benavides el sacramen-
to de la Extremauncion.

Una pequeña mesa con un cajon encima que figuraba una
grada, cubierto todo esto con lienzos blancos, unas velas
de cera y algunas amapolas, este era el altar.

Pero delante de aquel altar oraba fervorosamente un frai-
le, era Fray Anjelo.

Reinaba en aquel calabozo el silencio mas profundo, por-
que la oracion de Fray Anjelo ajitaba apenas sus labios sin
producir un solo murmullo, y la respiracion del enfermo era
tan débil, que apenas se escuchaba.

Solo de cuando en cuando el desgraciado marqués de S.
Vicente lanzaba un tristísimo jemido invocando á Dios.
Fray Anjelo volvía el rostro para mirarlo sin interrumpir
su oracion, el enfermo volvía á callar y el fraile á inclinar
la cabeza.

Algunas veces, sin embargo, llegaban hasta allí el rumor
de la plaza, el estallido de un cohete ó algunas perdidas
notas de las músicas; pero aquellos ecos profanos morian
allí como avergonzados ante aquella tristísima escena.

Por fin, se oyó ruido en el corredor, la puerta del cala-
bozo se abrió y se presentó el cura que iba á administrar
el sacramento á D. Antonio: detrás de él venian los acólitos,
los carceleros y algunos presos con cirios encendidos y con
faroles.

Aquel estrecho calabozo se llenó pronto de jente y de
luces, y hubo necesidad de dejar abierta la puerta.

Entonces hubo un contraste dolorosísimo: el devoto mur-
mullo del sacerdote y de los concurrentes al calabozo que
rezaban en voz baja, era frecuentemente contestado é in-

terruptido por el confuso vocerío de la plaza y por el rui-
do de los fuegos artificiales.

Las alegres sonatas de las músicas llegaban hasta el ca-
labozo del moribundo, y muchas veces los cohetes que re-
ventaban en el aire enviaban su claridad, semejante á la de
un relámpago, hasta bañar las inclinadas cabezas de los
asistentes.

Doce castillos de fuego debían quemarse aquella noche, y
en palacio cenaban los de la audiencia y los principales se-
ñores de la corte; todo, fuera del calabozo de D. Antonio
de Benavides, era festejo y alegría, todo era placer.

D. Antonio, moribundo de resultas del bárbaro tormento
que le habian dado para obligarle á confesar, respondía al
sacerdote con una mansedumbre y una resignacion verda-
deramente evangélicas.

Fray Anjelo, arrodillado á los piés de la cama, lloraba
como un niño, y todo el mundo estaba allí conmovido.

Reinaba en la fiesta de palacio la mayor animacion y la
mas completa alegría, los brándis se sucedian entre aplau-
sos y músicas, y todos deseaban casi un reino para el re-
cien nacido.

El virey contestaba con afecto, y todos parecian haber
olvidado completamente á los conspiradores y á los pira-
tas, que en aquellos momentos atacaban las costas de Yu-
catan.

D. Frutos el oidor y el virey departian alegre y amiga-
blemente en uno de los mas animados grupos, cuando der-
repente en el intervalo de una á otra de las piezas que eje-
cutaban las músicas, llegó el sonido lejano de una campa-
nilla, y los ecos de un canto relijioso.

—¿Qué será esto?—preguntó el virey.

—Es sin duda—contestó un caballero—la campanilla del Viático—todos se inclinaron—y los cantos de los hermanos de nuestro amo.

—¿Pues quién se sacramenta esta noche?—preguntó D. Frutos.

—Es extraño que su señoría no recuerde—dijo el que había hablado antes—son los sacramentos del *Tapado*.

El virey se puso lijeraente pálido.

—Pues que su Divina Majestad le perdone—dijo D. Frutos—y sea servido Dios de llevárselo de esta enfermedad, porque si no, trazas tiene el tal de morir en una horea para escarmiento de impostores.

El virey podía apenas disimular su emoción; la campanilla del Viático que volvía al Sagrario se percibía ya más distintamente, y todos los concurrentes al sarao quedaron en el más profundo silencio y se arrodillaron devotamente.

Sin duda en la plaza acontecía lo mismo, porque la multitud había entrado también en silencio.

El lúgubre sonido de aquella campanilla enmudeció todas las voces, é hizo inclinar todas las cabezas.

Era el recuerdo de la miseria humana, el *memento-homo* en medio de las alegrías de la tierra.

Las voces del placer habían llegado hasta el calabozo del moribundo sin turbar un instante el fervor religioso de los asistentes.

La voz de la religión y el recuerdo del moribundo, habían penetrado en medio del festín y de la alegría, y la alegría y el festín habían cesado como por encanto.

El virey y D. Frutos, arrodillado el uno al lado del otro, murmuraban en voz baja algunas oraciones.

Sonaron los últimos campanillazos, y se perdieron las últimas notas del *alavado* que cantaban los *hermanos*, y casi en el mismo momento volvieron la algazara y el bullicio, y sonaron las músicas, y se dispusieron á bailar damas y caballeros.

Y la alegría volvió derrepente, como un arroyo detenido al cual se quita el obstáculo que contenía el curso de sus aguas.

Nadie habló ya de *los sacramentos*; tan pronto así se olvidan los anuncios de la muerte ajena.

Solo el virey había quedado profundamente preocupado.

FIN DEL LIBRO TERCERO.